

—Temimos represalias en contra de mi papá —continuó exponiendo—, mi papá estaba resuelto a todo. Se lo mandó decir por medio del cura Teódulo, seguramente se lo hizo saber, ambos se tienen mucha confianza, se comentan todo. Me casé con un diputado, desde que éramos novios le conté la historia. Bladimir supo qué era mi marido, por eso dejó de mandarle recados a mi papá por medio de otras personas. Gracias al poder de mi esposo me atrevo a venir al pueblo de vez en cuando, sin riesgo alguno; por eso estoy otra vez aquí.

—¿Qué me recomiendas? —le sondeé atrayendo su atención.

—Tienes que aguantar lo más posible, hacerte fuerte porque... —hizo una pausa. Prosiguió—: de lo contrario tu familia pagaría las consecuencias. Es un tipo malo, con más poder del que te imaginas. Está metido con la mafia. Es capaz de llegar a donde sea para satisfacer sus venganzas.

Nuestra plática se interrumpía por algarabía de las compañeras de la fiesta. Insistían que hiciéramos coro a los versos que una de ellas compuso.

—El mejor consejo que yo te daría —me dijo la elegante dama tratando de completar el comentario—, es que logres que él ponga propiedades a tu nombre para asegurar tu futuro y el de tu hijo. Por la edad, él tendrá que morir primero que tú... si no es que lo matan antes... Ojalá y no —recapacitó—. A nadie se le desea —concluyó la plática.

Lo que yo acababa de escuchar confirmaba las insanas intenciones del gánster que tenía por marido. Sabía encubrir sus fechorías, era frío y calculador. Tendría que esperar a que el cielo pusiera las cosas en su lugar.

Después que mi hijo se quedaba dormido yo rezaba. Imploraba la compasión de Dios nuestro Señor. Ansiaba un milagro. Mis padres seguían con la idea que yo era feliz. Días enteros con sus noches pensé si le decía o no a Bladimir lo que me habían dicho de sus desviaciones sexuales. Me preguntaba si el comentario compondría nuestra relación o la empeoraría. Me detenía por temor a que hubiera repercusión contra mis papás; me sentiría culpable de lo que pasara.

## CAPÍTULO 14

Mi hijo iba creciendo, estaba por cumplir cinco años. Como mamá me sentía realizada; como esposa, usada. Hoy más que nunca creía en Dios. Al pasar el tiempo tomé a Bladimir como el amigo benefactor. Finalmente, a él también le resultaba frustrante utilizar esa doble personalidad. Tenía que fingirle a la sociedad que era un

varón. El hijo que le di era para aparentar. La gente aseguraba que mi hijo se parecía a su papá, tenía sus rasgos. Por temporadas me olvidaba de los problemas, me había acostumbrado a ellos, ya no me provocaban tanto dolor. Adquirí libros que me orientaran de las relaciones tormentosas dentro del matrimonio. También compré novelas. Me distraía leyendo.

La mañana de un día nublado, mientras desayunaba, me dijo Sirvenda que le había dicho su patrón que al siguiente día saldríamos a la ciudad de México. Se casaba un amigo de él. Era un empresario de las telas, su tienda estaba en la calle de Madero, en el centro de la ciudad de México.

—El patrón me dio instrucciones que le dijera que se alistara porque saldrían mañana a México, que allá le compraría el vestido para la fiesta y lo que tuviera que llevar puesto.

—Agradezco me lo hayas comentado, Sirvenda, arreglaré mi maleta.

—También me dijo que no podían llevar a Alessandro, recomendaban no llevar niños.

Ni siquiera tuvo la atención de decírmelo personalmente a pesar de que nunca objetaba sus propuestas. En una ocasión, una parienta de él me dijo: “De ti dependerá que a tus padres les vaya bien. Estando contenta tú lo estarán tus papás”. Lo tomé como una advertencia. Había entendido que no haría nada que incomodara al manipulador de voluntades. Sus alcances llegarían a cualquier lugar.

Iban a dar las siete de la mañana del día del viaje a México. Bladimir y yo bajamos a desayunar. La cocinera nos preparó huevos revueltos con chorizo, frijoles recién fritos, jugo de naranja, café y pan de huevo. Siempre había pan, nos gustaba. Cuarenta minutos después emprendimos el viaje al Distrito Federal. Le encomendé a Sirvenda que estuviera al tanto de mi hijo.

A las dos de la tarde llegamos al hotel. Ya era costumbre ocupar habitaciones separadas. Me instalé en mi habitación. El chofer me llevó a tiendas de la Zona Rosa donde compré lo que requería para el festejo. Emplee dos horas. Encontré lo que me gustó. Ese día cada quien comió por su lado. Bladimir se reunió con unas personas para la venta de algo.

Llegamos a la catedral, la que está en el Zócalo de la ciudad. Ahí fue la ceremonia religiosa. Los invitados vestían elegantemente. Los señores, incluyendo mi marido, con Frac; las mujeres íbamos de vestido largo. Los hombros de varias mujeres estaban cubiertos por estolas de mink. Nos sentamos a la mitad de la nave central.

Al término de la ceremonia nupcial salimos rumbo a la fiesta. Ahí nos encontramos con la pareja de amigos de mi marido que conocí en Acapulco. Parte de

la plática con ellos fue recordar lo que ocurrió en aquel encuentro, en su yate. Nos sentaron en la misma mesa.

Convivimos, bailamos, nos divertimos. Como a las dos de la mañana nos despedimos de nuestros compañeros de mesa, lamentaron que no nos quedásemos hasta el final. Fuimos donde estaban los recién casados para agradecerles la invitación. Les deseé que fueran felices. La fiesta fue en un hotel cercano al que ocupamos. Al llegar al hotel, cada quien se fue a su cuarto.

Al día siguiente fuimos al zoológico de Chapultepec, caminamos un rato, vimos a los animales. A mi hijo le hubiera gustado estar con nosotros. Después de nuestro recorrido fuimos a comer a un restaurante cercano a donde estábamos. Por el trato de los meseros podría haber asegurado que mi marido era cliente de ahí. Posteriormente descubrí que la persona que le manejaba las relaciones públicas en la ciudad de México había asistido antes que nosotros para que, con propinas, le dieran trato preferencial a Bladimir. A las diez de la noche de ese día llegamos a Papantla. Las cocineras nos esperaban con la cena.

Exceptuando el tiempo de mi embarazo, me he mantenido delgada, ni parecía que fuese mamá.

CONTINUABAN LOS COMENTARIOS de las preferencias sexuales de mi marido. No lo hacían para lastimarme pero me incomodaban por figuradas que fueran las palabras. Las furtivas miradas hacia mi persona decían lo que mis oídos no alcanzaban a escuchar.

Mi decisión de comentarle a mi marido lo que la gente murmuraba y lo que yo podía suponer, adquiriría cada vez más fuerza. Mi condición de mujer engañada me obligaba a hacerlo, sentía que no podía aguantar más tiempo; estaba decidida. Debía buscar el momento propicio aunque ningún momento era propicio para un reclamo... porque eso sería: ¡Un reclamo!

El momento llegó. Fue un 15 de septiembre. Fuimos a comer al rancho de unos amigos de él, celebraban esa fecha. Eran exportadores café. Las fincas estaban en otro lado. En ese lugar tenían caballos pura sangre. Los dueños eran dos hermanos, como de 55 años, se parecían entre sí. Eran fortachones. Uno de ellos con el pelo más encanecido que el que tenía el bigote más abundante. Con nosotros fueron amables y simpáticos. De ahí salimos a las seis y media de la tarde. Bladimir manejaba la camioneta. Alessandro, mi hijo, se quedó en casa.

Tenía temor pero estaba resuelta. Me puse nerviosa, no sabía cómo iniciar. Me armé de valor, sabía que podía reaccionar agresivo.

—Bladimir, debo comentarte algo que ya no cabe en mi cabeza... Lo que te voy a decir es algo que está convertido en un chismarajo en todo el pueblo.

—Dicen que no eres varón, que se sabe que andas con hombres. Que te casaste conmigo nada más para aparentar... Que lo hiciste para conservar tu reputación ante la gente del pueblo y con las que haces negocios.

Su reacción no se hizo esperar.

Su cara enrojeció, gesticuló con ira, reaccionó como si fuera cierto lo que le estaba diciendo. Continué, mostré aplomo, cuidé el tono de mis palabras.

—Mira con lo que me sales, eres una mal agradecida, yo te he dado nivel social, he ayudado a salir adelante a tus padres, los he sacado de los problemas en los que estaban metidos. ¡No ves eso, verdad?

—Sabía que me echarías en cara los favores a mis padres... lo sabía; pero era necesario decírtelo, no podía seguir quebrantando mi dignidad de mujer —continuó su irritación, sus palabras subieron de tono.

—Eso me pasa por haberte dado libertades, debí haberte mantenido encerrada en tu casa, como todas las mujeres decentes y de trabajo. No debí haberte dado permiso de ir a esas fiestecitas donde van mujeres a esparcir rumores e inventar cosas que perjudican a la gente de bien.

Trató de controlarse, moderó un poco su tono de voz.

—Toda la culpa es mía por soltarte la rienda. ¿No ves que son gente mal agradecida? Hablan así porque no reconocen los favores que uno les hace, no se llenan, quieren que uno les resuelva todo.

—No te juntes con ese tipo de señoras chismosas, intrigantes, dispuestas a desacreditar a la gente. No somos monedita de oro para caerle bien a todo el mundo. Decidido está: ¡no volverás a ir a una reunión más! Tú entiendes por qué te lo digo. ¡Cómo se ve que no quieres a tus papás!

No supe qué decir, sus palabras me dejaron muda. Encajó a mis papás, me atemorizó, me intimidó. Se me hizo un nudo en la garganta. Me quedaba claro que podía haber represalias. Esperaba lo peor. Insistió que le señalara quienes habían hecho esos comentarios. Decirle sería exponer la vida de quienes me lo dijeron; me traicionaría a mí misma. A pesar de su reacción no estaba arrepentida. Tenía que jugármela. No hubiera aguantado un día más.

Después de su explosión emocional guardó silencio. No dijo una palabra más. Seguía enfadado. Se sentía seguro de lo que me había dicho, y resuelto a que yo no debía tener más comunicación con gente del pueblo. Esa fue la última vez que con libertad vería las calles y la gente de Papantla.

Temprano del día siguiente, antes de que yo me levantara, Bladimir le dijo al personal de la casa que cada vez que saliera, además de Sirvenda debía acompañarme uno de los varones. Ya lo había manifestado, pero ahora fue más enérgico. No saldría

sola a ninguna parte. A partir de entonces mi hogar quedó transformado en una prisión; aunque desde que me casé había perdido mi libertad. Me había convertido en una delatora, ¡merecía un castigo! No debía conducirme con libertad, debía tener amarras y grilletes. Así pensaba Bladimir.

A las ocho y media de la mañana Sirvenda me llevó el desayuno al cuarto: una pieza de pan envuelta con una servilleta de tela bordada; una taza de chocolate y fruta picada. Mi hijo aún dormía en su cuarto. Todas las noches lo acompañaba hasta que se dormía; en seguida regresaba a mi recámara.

Sabía que las restricciones no tendrían fecha de caducidad. Cuando salíamos a reuniones o fiestas no podía hacer plática con nadie, al menos que él escuchara mi plática.

Bladimir les decía a mis papás y a todo el que preguntaba por mí, que Alessandro ocupaba todo mi tiempo, que era decisión mía permanecer en casa. Cuando mi mamá me hizo el comentario le mentí en la respuesta.

En una ocasión me dijo mi mamá que su adorado yerno les pagaría un viaje a Europa, como agradecimiento por haber permitido que se casara conmigo. Les decía que estaba completamente enamorado de mí. ¿Qué más vendría?

LOS AÑOS PASARON como los trenes por la vía: lentos pero sin detenerse. Alessandro estaba cumpliendo sus diez años; había que festejárselos. Su papá no dudo ni tantito en hacerle fiesta. A pesar de todo me divertí, me hubiese gustado que se prolongara por días. Gran parte de los invitados llegaron de México, Toluca y Puebla. En estos lugares mi marido hacía negocios. Tampoco me tomaron en cuenta en la organización pero ya no me interesaba. Al festejo asistieron payasos y dos magos. Terminó a las siete de la noche. Realmente fue un pretexto para reunir a las personas con las que le interesaba mantener relaciones de amistad. Me gustaban las fiestas porque me convertía en una figura destacada; mi auto estima elevaba su nivel. Solo mientras transcurría la reunión, por supuesto.

A la hora de la comida del siguiente día, Bladimir me presentó a un joven que había invitado a comer. Se llamaba Pascual, de 24 años aproximadamente. Su piel era blanca, tenía un lunar junto a la boca; ancho de espaldas, cinco centímetros más alto que yo. Mi marido decía que era un buen conductor de vehículos de cualquier tamaño incluyendo tráileres.

Lo había contratado para que me llevara a donde yo necesitara ir, con la consigna de reportarle a Bladimir dónde iba y con quién hablaba.

Se convirtió en mi chaperón. Me extrañó que me asignara como cuidador a un joven apuesto. La duda la despejé meses después cuando me fue a visitar una amiga. Me aseguró que un amigo de su papá, chofer de uno de los autobuses que viajaban de

mi pueblo a México; en la parada que hizo en un parador donde los pasajeros toman sus alimentos, con la luz que desde lo alto de uno de los postes iluminaba el exterior del restaurante, alcanzó a ver a mi cuidador y a Bladimir dentro del auto en situación de romance.

—¿Está seguro tu papá de lo que me manda a decir? —le cuestioné.

—Amiguita —en tono convincente—, mi papá no es mentiroso, no tiene fama de eso, al contrario, la gente lo aprecia por honesto y sincero. Lo hace para que sepas quien es la persona que con simulaciones te llevó hasta donde te encuentras ahora.

Suponía que a mi marido le había frustrado no haber nacido mujer. Envidiaba mi condición femenina con capacidad para procrear y amar a una persona del sexo opuesto. Yo era el instrumento para tapar sus preferencias, me usaba para borrar las dudas sobre su masculinidad. La comunicación de mis padres conmigo no era directa, tampoco clara. Nunca los contradije cuando hablaban bien de Bladimir.

El tiempo pasó volando. Los años no se detenían. Uno tras otro se acomodaban como fardos sobre mis hombros. A los problemas que traía se sumó otro más. Mi suegra trataba de ganarse el cariño de mi hijo con regalos y comentarios absurdos. Le decía que cuando terminara la preparatoria lo mandaría a estudiar a los Estados Unidos. Me incomodaban esas promesas sin antes tener mi consentimiento. Desde que mi hijo cumplió cuatro años, la ropa la mandaba comprar a San Diego, California. No perdía la oportunidad para presumirlo. Le placía aparentar un alto estatus social. No era necesario gastar tanto dinero en la ropa de un niño.

En una ocasión que tuve escalofríos, Sirvenda me acercó el termómetro para medirme la temperatura. En mi oído me dijo:

—El plan de su suegra es ganarse el cariño de Alessandro con ofrecimientos y regalos, para después quitárselo. Usted sabe que lo viene haciendo desde años atrás.

Me aterrorizó escuchar eso, pero mi confidente no me decía mentiras, no sería capaz. Bladimir halagaba a mis papás con regalos. Frecuentemente le regalaba flores a mi mamá.

MI HIJO ESTABA a pocos meses de cumplir quince años. Mis papás se habían mudado de casa, era más cómoda y espaciosa. La sociedad con Bladimir les había favorecido económicamente. Mis padres se sentían orgullosos que yo ya tenía mi futuro resuelto al lado de un hombre generoso.

Por esos días, un primo que estudió agronomía en Chapingo, y que se había quedado huérfano de padre, se fue a vivir con mis papás. Tenía novia, había sido su compañera en la carrera. La quería mucho, según platicaba. Mi primo tenía los ojos grandes y verdes, nariz afilada, ceja poblada, más alto que papá. A través de mi padre

recibió la oferta de Bladimir de trabajar para él. Me agradaba que fuera complaciente con mi familia. Mis papás tenían un miembro más en la familia; me daba gusto.

En mi interior había dos corrientes que se mezclaban como las turbulentas aguas de dos ríos que en la bocana se juntan con violencia. Como parejas tenía al infortunio y a Bladimir. Se parecían mucho. Desgraciadamente para mí ya se habían convertido en una forma de existir.

Como regalo por sus quince años, mi suegra planeaba llevar a mi hijo de viaje a Estados Unidos. Trataba de convencerlo platicándole cosas maravillosas de aquel país. Le describía el parque de diversiones Disneylandia como si ella lo hubiese visitado decenas de veces. Alessandro estaba ilusionado. Varias veces me dijo que quería ir a ese lugar para conocer los personajes de fantasía. Cada vez que me decía eso recordaba el comentario de Sirvenda. La abuela planeaba hacer ese viaje con mi hijo algunos meses después, más cerca del cumpleaños, que coincidiera con algún puente vacacional.

Faltando un mes para el cumpleaños de Alessandro, platicó mi suegra con el hermano de Bladimir, le propuso que a Disneylandia debían llevarlo los hijos de una sobrina de ella que vivía en Poza Rica, y tenían planes para ir exactamente al mismo lugar. No supe por qué la decisión de que mi marido y yo no fuéramos al viaje. También consideraban la alternativa que a mi hijo lo acompañarían la abuela y Ricardo, el tío.

Finalmente decidieron que mi hijo se iría con mi suegra y los sobrinos. Las reservaciones de hotel y de avión las hicieron veinte días antes del viaje. Yo sabía que ese viaje representaba el inicio de la estrategia para desapegarme de mi hijo.

FALTANDO DIEZ DÍAS para el viaje a Disneylandia, la casa donde vivía mi suegra se convirtió en un terremoto de emociones.

Ese día, mi suegra se levantó a las seis de la mañana como era su costumbre. A las ocho recibió a dos peones de su rancho. Los invitó a sentarse en el porche de la casa. Platicaron menos tiempo del habitual. La señora se abstuvo de preguntarles acerca de los otros trabajadores como regularmente lo hacía. Les ofreció de desayunar, no aceptaron; platicaron que al pasar donde una señora vendía tacos de barbacoa se les antojaron y los comieron.

Mi suegra no tenía el entusiasmo de siempre; fue cortante con ellos. Se retiraron a las nueve de aquella mañana fresca y soleada. Pintaba para día caluroso. Entró a la casa, fue a la cocina, le ordenó a la cocinera que le preparara un té de gordolobo.

—Susa, prepárame un té de hojas de gordolobo —La señora parecía estar impaciente—. Me desvelé, tosí durante la madrugada —explicó.

Mi suegra le pidió al mozo que en ese momento cambiaba el foco de un farol del patio, que fuera a la farmacia a comprar un medicamento que le quitara el dolor en el brazo izquierdo.

—Ve a comprarme algo que me quite el dolor de mi brazo izquierdo, seguramente me acosté sobre él. Que te diga la encargada de la farmacia cual sería la mejor medicina... Vete volando porque tengo que hacer muchas cosas y no puedo andar con éstas molestias, le ordenó un tanto desesperada.

El empleado tomó el dinero, salió a toda prisa rumbo a la farmacia. Con paso lento la señora se dirigió al desayunador para tomarse el té que le había preparado su cocinera.

—No se vaya usted a quemar la boca, el té está hirviendo —le advirtió la callada mujer.

La cocinera vio cómo se desencajaba la cara de la mamá de Bladimir. Notó los esfuerzos que hacía para mantenerse erguida en la silla.

—Quítale un poco lo caliente para tomármelo más rápido —manifestó mi suegra en tono de preocupación.

—Sí, es mejor no tan caliente —repitió la cocinera en tono complaciente.

La empleada tomó la taza de la mesa, la llevó apresuradamente a la cocina, sobre el lavatrastos traspaleó el líquido de un pocillo a otro. Cuando la señora consideró que lo podía tomar sin quemarse la boca vertió un poco en su tasa. A la cocinera le extrañó que su patrona no tomara la bebida caliente en ésta ocasión. “El café siempre lo tomaba hirviendo”, comentó más tarde. El té lo tomó de un sorbo y sin haberlo colado antes.

A los pocos minutos llegó el mozo con el medicamento, lo sacó de su empaque, le acercó un vaso con agua para que ingiriera la pastilla, lo puso en su mano, ella misma colocó la pastilla en su boca, tomó el agua. Estaba desconcertada. El empleado que fue por la medicina comentó después: “Parecía que sus ojos salían de su órbita”. Le preguntó si se sentía mal, mi suegra no contestó, con esfuerzo trató de verlo a la cara, su mirada estaba extraviada. Se asustaron, se miraban entre sí, no daban crédito a lo que le ocurría a la señora. La cocinera le dijo al empleado que saliera corriendo en busca de un doctor. “Lo traes inmediatamente”, apuntó la cocinera con voz angustiada.

Eran las diez cuando la señora palideció, puso los ojos en blanco, se fue de bruces sobre la mesa. El brusco movimiento provocó la caída del vaso con agua, de la taza y del plato. Soltó la servilleta blanca que sostenía con su mano derecha. La cocinera gritó pidiendo ayuda. Los empleados abandonaron sus rutinas para acudir a donde la señora se encontraba. Dedujeron que algo grave le ocurría a mi suegra. Se

movían de un lado a otro sin atinar qué hacer. La gravedad de la salud de la señora los asustó. “¡Un médico... que venga un médico!”, gritaban; “Ya fueron a buscarlo” contestó otro. Uno la tomó por los sobacos y el otro la sujetó de las piernas; la pasaron al sillón de la sala.

El doctor llegó 20 minutos después. Pidió que todos se retiraran del lugar. La examinó meticulosamente, valoró sus signos vitales. Después de un breve tiempo guardó los instrumentos en el maletín; dio media vuelta, caminó unos pasos hasta quedar a la vista de la servidumbre. Con su mano derecha les indicó que se acercaran.

—La señora sufrió un paro cardíaco fulminante —les explicó—, desgraciadamente nada se puede hacer —agregó el doctor. Mostró pesar por el deceso que enlutaba a la familia más poderosa de Papantla.

Una hora más tarde llegó Bladimir; la encontró tendida en su cama donde la habían acostado por indicaciones del doctor. “Lo lamento mucho, nada se pudo hacer”, le dijo el facultativo a Bladimir. Al escuchar eso se abalanzó sobre el cuerpo de su madre, la abrazó, no pudo contener el llanto. “¡No te mueras, madre, nos haces mucha falta, regresa!”, gritaba despavorido.

Jamás había visto a un hombre llorar de manera incontrolable. Él no daba crédito a lo que veían sus ojos. El hombre fuerte, poderoso, influyente y perverso, ahora estaba hincado al lado de la cama donde yacía su progenitora; era una escena desgarradora. Le pedía perdón, algo le balbuceaba al oído, su voz sonaba ahogada por el llanto. Traté de consolarlo, no lo conseguí. Permanecía sentado en una silla, inclinado hacia adelante, con las manos cubriendo su cara. Cuando llegaron mis padres lo encontraron más tranquilo. Alguien se le acercó tratando de consolarlo, sus lágrimas no dejaban de correr por sus mejillas, los pañuelos que le daban eran insuficientes para secar sus ojos y su nariz. Era otro, parecía humilde.

Mi mamá preguntó a Sirvenda por mi hijo Alessandro, le contestó que estaba en la escuela, luego entró a la recámara de la recién fallecida, se dirigió a mí, me abrazó, me consoló, como si la difunta se hubiera llevado mi cariño. Me dijo palabras de alivio que no consideré pertinente guardarlas en mi memoria.

Privaba un ambiente de confusión y descontrol. La señora yacía inerte sobre la cama que durante gran parte de su vida la había cargado. Cubriendo su vestimenta tenía puesta una bata de seda con diseños en rojo, blanco y verde. La noticia corría, las amistades llegaban.

Un tipo que parecía cercano a la familia, de baja estatura, tez morena, de pronunciado estómago, pelo negro lacio, muy seguro de sí mismo, al que le decían Chalo; tomó el control de las cosas. En tono autoritario pidió el tipo que saliéramos de la habitación, también Bladimir; no muy de acuerdo con la medida pero entendió que así debía ser.

El extraño hombre solicitó a Sirvenda y a otras dos trabajadoras que se quedaran en el cuarto.

Llegó una señora de edad avanzada, se identificó, la hicieron pasar inmediatamente a la habitación para que le cambiara la ropa que llevaba puesta al morir. Diez minutos después, el doctor, que aún permanecía dentro, se acercó al cuerpo para constatar, una vez más, el estado de sus signos vitales.

Los rostros de los asistentes expresaban dolor. Había llanto por todos lados. No faltaron los comentarios de extrañeza: “Pero si ayer que la vi estaba perfectamente bien de salud...” “No merecía morir, era una gran mujer...” Y muchas frases más que se externan cuando una persona muere de manera repentina. Sucumbía la benefactora del pueblo, la de los grandes sentimientos. Muchas muestras de dolor, muchos le lloraban.

Partía de éste mundo la abuela de mi hijo, la que planeaba quitármelo sin importarle el sufrimiento de una madre cuando le arrancan un retoño de su regazo. Sin embargo, observé que no todos los que derramaban lágrimas lamentaban su partida. Hubo quienes se tranquilizaron con su ausencia. La señora había herido susceptibilidades de algunas personas; su disposición de ayudar no era desinteresada.

ME OCUPÉ EN recibir y atender a los que llegaban a ofrecer indulgencias. Vi salir a dos empleados de la casa que iban a comprar lo que se necesitaba para el velorio. Las cocineras estaban preparando lo que consumiría la gente hasta que se llevaran el cuerpo al panteón. Estaba considerado que muchos de los asistentes no se separarían, permanecerían toda la noche. La gente no paraba de llegar. Se les ofrecía café, refrescos o agua de sabores. Mi papá fue por Alessandro a la escuela. Llegaron a las dos de la tarde. Le dijo lo que tenía que decirle para evitar el impacto emocional por la partida de su abuela. Cuando llegaron a la casa me sorprendió verlo tranquilo, sin sobresaltos. Supuse que papá había hecho bien la tarea.

Los empleados de la funeraria nos regresaron a mi suegra dentro del catafalco a las cinco de la tarde. La caja era de cedro rojo. Sobre la cubierta estaba pegado un crucifijo color oro. Al pie de la cruz, un ramo de flores del mismo metal. La unidad de madera descansaba sobre la estructura de fierro con ruedas. La capilla ardiente fue ubicada en uno de los corredores laterales del patio de la casa.

Los de la funeraria se encargaron de armar el oratorio fúnebre. Se colocaron sillas para quienes desearan sentarse. Como a las siete de la noche, unas amistades llegaron con dos ollas con tamales de chile y de dulce. Alguien más llegó con volovanes rellenos de diferentes guisos. No faltaron canastas con dulces que alguien obsequió. En la casa se hizo atole, chocolate y agua de sabores. A las ocho de la noche había suficiente comida.

Eso parecía feria pero sin una sola nota musical. En la noche, hombres que venían de los ranchos pusieron en práctica juegos bruscos; unos chistosos, otros un tanto rudos. Algunos jugaban baraja apostando cantidades simbólicas de dinero, para evitar que los ánimos se caldearan por cuestiones de la jugada.

A las dos de la mañana me asomé por la ventana de un cuarto que estaba al fondo. En torno a la mesita que usaba mi suegra y sus amigas para jugar cartas, estaba mi marido hablando con los abogados de la familia; no eran del pueblo, llegaron de otro lado. Media hora después se integró a ese grupo un notario público. Estaban tratando lo de los bienes y las herencias. El hermano de mi marido no estaba en esa reunión; checaba los detalles del velorio y el entierro. Lo apoyaba el hombrecillo de baja estatura que desde el principio dirigió el ritual fúnebre.

Mis padres estaban consternados de verdad, no fingían como yo. De cualquier manera lamenté que se hubiera ido de éste mundo la señora. Me comprendería Dios que mis sentimientos no estuvieran con la difunta. Deseé que el santísimo la tuviera junto a él, que le perdonara sus pecados, yo debía resignarme y perdonar también.

A insistencia de mamá, faltando quince minutos para las tres de la madrugada me retiré a mi casa para dormir un poco. Me prometió que también iría a descansar. Mi papá estuvo más tiempo, su intención era permanecer en el velorio toda la noche. A las cinco de la mañana mi papá se fue a reposar. Regresó a las nueve de la mañana. Lo veía entristecido, apreciaba en demasía a mi suegra, decía que era una señora de gran corazón. Yo nunca lo desmentí, si le hubiera dicho mi verdad no la hubiera creído, hubiera pensado que le tenía mala voluntad a esa familia.

La señora ya había partido, con ella se fue el deseo de separar a mi hijo de mí. Recobré consuelo, recuperé tranquilidad. Participé vehementemente en el velorio y sepelio de mi suegra. Dios supo por qué se la llevó, mi intuición me decía que de mí se conolió el creador. Mi marido no pegó los ojos en toda la noche. Fue a bañarse y a cambiarse de ropa a las siete de la mañana; desayunó en nuestra casa, rápidamente regresó al velorio. Estaba abatido, me provocaba compasión verlo así. Delante de la gente yo me acercaba a él para aparentar que por amor yo compartía su dolor. Él fingía conmigo, yo le aprendí. El hermano de mi marido, Ricardo, no padeció tanto la muerte de su mamá, no lo vi externar emociones por los ojos, hasta parecía que la muerta era un familiar lejano.

A las diez regresé al velorio. Encontré a varios familiares recién bañados, con ropa diferente. Los que se fueron a descansar regresaron a desayunar. La gente no cabía en la casa, se colocaron bancas y sillas en la calle. Contrataron plañideras para llorar después de cada rezo. No entendía que a esas señoras les salieran llanto y

lágrimas por una paga. Lloraban al iniciar y al terminar los rezos. Ramos de flores llegaban por montones. Las coronas se iban recargando en las paredes de los pasillos.

A las doce del día llegó el padre a dar la misa. Fue un momento doloroso para la concurrencia. Se despedía a una de las personas más conocidas en toda esa región. En las pláticas exaltaban sus virtudes. No faltó quien quería proponerla para un premio nacional de la bondad.

Las honras fúnebres marcaban la historia de la familia. “De la que te libraste, hija”, me dijo al oído una de las señoras que fueron al funeral. Otra soltó: “Dios es muy grande, preciosa, cuídate mucho, la maldad anda suelta”. “Dios la tenga en su santo regazo”, alcancé a contestarle a la segunda mujer.

Uno de los empleados abrió el zaguán para que entrara la carroza, no era la que se había llevado a mi suegra, era otra, más nueva. Cuestiones del ego. Dio inicio la misa. Cuando el sacerdote terminó el sermón se acercó la carroza para que subieran el féretro. Los hombres del servicio se encargaron de hacerlo. El conductor encendió el motor, se movió con lentitud hacia la calle, dobló a la derecha, se detuvo a la mitad de la cuadra para dar tiempo a que los concurrentes abordaran los autobuses.

Momentos después el cortejo comenzó a moverse rumbo al panteón. Detrás de la negra carroza iba el vehículo que nos conducía. Bladimir a la puerta, yo en medio, junto al chofer. Atrás iba mi cuñado y un joven que no identifiqué, creo que era de la familia de mi marido.

El recorrido al panteón demoró una hora. La mayor parte de la gente prefirió caminar, no ocuparon los autobuses que se rentaron. Mi familia también decidió caminar. Los dolientes rezaban mientras avanzaban. De las manos de las señoras colgaban rosarios.

“Se fue al cielo nuestra querida madre” se escuchaba. “Era un ser de espíritu encendido, nos amaba, nos protegía”. Para mí esas palabras retumbaban en la oquedad, no tenían sustancia. Los que la alababan seguramente solo conocían la parte bienhechora. Una señora de edad avanzada venida de una rancharía cercana gritó: “Nuestra señora era un instrumento de Dios en la tierra”.

Al pasar frente a la iglesia, por indicaciones del cura unos señores lanzaron al aire una docena de cuetes en señal de duelo, explotaban uno tras otro. Hubo familias que lanzaban pétalos al paso de la carroza. Vi gente llorar, no supe si era porque les recordaba su propia muerte o porque les creaba sentimientos de afecto. El cementerio estaba a menos tres kilómetros del domicilio de mi suegra. El lento desplazamiento de la comitiva hacía parecer que estaba más lejos. Vimos personas sosteniendo en lo alto cartelones con frases de despedida marchitas.

El rostro de Bladimir mostraba dolor, angustia, desesperanza. La madre ejerció sobre él gran influencia. La autoridad de su mamá fue determinante en él; le restó autonomía y decisiones propias, lo hizo dependiente. Un psiquiatra me dijo que lo hizo pusilánime. El especialista me aseguró que Bladimir me escogió para esposa porque su mamá se lo debió haber insinuado. No me dijo si la maldad con la que actuó conmigo se la inspiró la madre o fue iniciativa propia. Bladimir vivió la vida que la mamá quiso que viviera. Lo hizo a su imagen y semejanza; lo metió en un conflicto de identidad, según me dijo el especialista. Creí que todo cambiaría conmigo después de la muerte de su adorada madre. Me equivoqué.

EL CORTEJO IBA lento. Los acompañantes deseaban permanecer el mayor tiempo cerca de la señora. Tres que estaban parados en la esquina del mercado aplaudieron en expresión de duelo. Una familia en coro gritó: “Adiós madre”. Los vehículos se detenían dándole el paso a la caravana luctuosa. Los empleados de los negocios salían a la puerta a vernos. Una cantina bajó el volumen de la música mientras pasábamos.

La población estaba de luto. No todos los días moría alguien tan conocido. Por fin llegamos al panteón. Los que se adelantaron estaban en la entrada; otros, haciendo valla. Un niño con semblante de inocencia sostenía una flor blanca en sus manos. El abuelo del pequeño había trabajado varios años con la familia de mi marido, renunció por irse a Estados Unidos para mejorar ingresos.

Entraron tres camionetas cargadas con flores y coronas. No todas las flores eran blancas, había de varios colores, algunas eran silvestres. Jamás he vuelto a ver tantas flores en ofrenda para un muerto. Adelante del féretro, como encabezando la procesión doliente, iba una estudiantina de jóvenes. Años atrás doña Cora les regaló uniformes y algunos instrumentos. Quedaba explicada la presencia del grupo musical en el sepelio.

A temprana hora de ese día, los albañiles iniciaron los trabajos en el mausoleo. Cuando llegó la carroza hasta ese lugar ya estaba listo el sepulcro. Los hombres que sacaron de la carroza la caja, vestían traje gris claro con franjas negras en los laterales del pantalón; el chaleco era del mismo color; la camisa blanca, gorra gris oscuro. Sus movimientos daban un aire de señorío sepulcral a la ceremonia. Las plañideras en su papel de llorar a grito tendido nos erizaron la piel.

El sacerdote, en borde de la sepultura y mirando la caja, dio un discurso destacando las buenas acciones de la señora. Rogó para que fuera recibida por el señor de los cielos, volteó hacia arriba; varios miramos al cielo que en ese momento estaba despejado. Mi hijo permaneció un rato en el velorio. Al otro día fue al camposanto,

no fue a la escuela. Sus padrinos se ofrecieron para llevarlo y regresarlo. Lo acompañaban los hijos de los compadres.

Al terminar la ceremonia me adelanté para situarme en la entrada a fin de agradecer a cada una de las personas que nos acompañaron, y recibir el pésame de quienes decidían hacerlo. Me sentí parte de la familia.

Regresé con mis papás, permanecían callados, condolidos. Para estar a tono puse semblante similar. Me llevaron a la casa. Me bajé del auto, me despedí de los dos. Al darle el beso a papá me dijo que Bladimir saldría urgentemente a la ciudad de México, que tenía que arreglar asuntos de los seguros y las cuentas bancarias de la muerta. Me insistieron que los acompañara a su casa. No lo hice porque tenía que reunirme con mi hijo, deseaba consolarlo.

Entré a la casa, Sirvenda me recibió con la información que yo ya poseía: el viaje de mi marido a la ciudad de México.

—Patroncita —me dijo Sirvenda con premura reflejada en sus gestos—, el chofer los dejó en el panteón y rápido regresó para arreglar las maletas. Por la ropa que empacó se ve que el patrón va a estar como una semana allá. Se va con su chaperón.

Los empleados se dedicaron a limpiar la casa donde fue el velorio. La ausencia de la señora dejó un ambiente de extraña tranquilidad. “No sabemos qué va a pasar con nosotros, pero de lo que sí estamos seguros es que la señora no nos volverá a gritar ni a ofender”. Señaló una de las empleadas. “De cualquier manera la vamos a extrañar”, repetían.

A partir del fallecimiento de la mamá, las ausencias de Bladimir fueron más prolongadas. Había ocasiones que dilataba hasta quince días en regresar. En el pueblo corrían rumores, poco me importaban. Las murmuraciones no las tomaba en cuenta, mi única prioridad era mi hijo.

## CAPÍTULO 15

Poco después que me casé les comenté a mi marido y a mis papás que había tomado la decisión de no festejar mis futuros cumpleaños. Mis papás lo entendieron. Imaginaban las razones que me habían motivado a tal determinación. A Bladimir no le importó mi decisión, lo vi en su rostro, me dio la impresión que la recibió con agrado. Estaba segura que llegaría un momento en mi vida que volvería a festejarme; mientras tanto, no. Total, disfrutaba como si fueran míos los festejos de mi hijo.

Alessandro estaba a días de cumplir diez y seis años. Su papá propuso festejárselos con un viaje a Cancún. Primero había dicho que a Acapulco, insistí que no; los recuerdos de mi luna de miel no eran nada placenteros. Por la distancia,